

Versiones clásicas

Traducciones de Ramón Xirau

Con estas versiones quiero recordar a Tomás Segovia, ahora que su hijo Rafael dijo, al ver mi retrato: *este soy yo*. Así fuimos en verdad amigos tanto en Madrid como en la Facultad de Filosofía y Letras y en El Colegio de México. También recuerdo a Henrique González Casanova, quien en los años sesenta era embajador de Lisboa. Al llegar nos instaló en el mejor cuarto de la Embajada. Su esposa estaba muy enferma; sin embargo, asistía a las comidas. Lisboa, con su estilo manuelino, estaba abierta al mar: hacia sus conquistas en Asia, en África y más tarde hacia su imperio en Brasil. Ahora más pobre, visitamos, sin embargo, Alcobaça, hermosamente clásica, y el puerto donde vimos a las viudas de los ahora empobrecidos pescadores portugueses.

MARCO AURELIO
La muerte es un bien

Hombre, has sido ciudadano de esta gran ciudad.
¡Qué importa que sean cinco años o tres!
Ya que lo que es conforme a las leyes
es igual para todos.

Meditaciones, III, 12

OVIDIO
Dos fragmentos

Caminaba y caminaba a la sombra del bosque
absorto en la obra que había de producir mi musa.
Vi que a mí llegaba perfumada, bien peinada:
era Elegía, con un pie no más corto que el otro...

...os ruego que escuchéis mis tímidas palabras.
Quiero adornado de coturno
por tu contagio, musa, mi canto más largo.

Tú das para mi musa un renombre invencible.
Ven conmigo a lo largo,
añade más cortos versos,
déjame, Tragedia, algún tiempo:
eres un trabajo de siempre
y lo que la Elegía quiere es la obra de un instante.

Amores, III, I.

LUCRECIO

De la naturaleza de las cosas (fragmento)

Cuán de manera abyecta para todos estaba la vida
[humana
sobre la tierra, aplastada bajo el peso de la religión.
Cuántas regiones del cielo mostraban su rostro
al amenazar a los mortales con su aspecto horrible.

VIRGILIO

La muerte de Dido

Temblando en estos preparativos salvajes, la sangre
en el ojo enloquecido, demacradas las mejillas
[temblorosas,
pálida ante la muerte inminente,
al interior de su casa atravesó el cielo y las partes
[altas
en su combate para su uso.

De lamentos y gemidos y del ulular de mujer
las bóvedas temblorosas, y resuena el suspiro del
[éter.

De otro modo si el enemigo invadiese,
si hubiese hundido entera
cartago donde la antigua Tiro y que furiosas llamas
hubiesen sumergido a los hombres y las llamas de
[los Dioses.

Eneida, libro IV (fragmento)

EPICTETO

Conversaciones de un estoico

Los filósofos dicen que lo primero que debe aprenderse es que hay un Dios providente sobre el uni-

verso: es imposible esconder no sólo sus acciones sino aun sus intenciones o sus pensamientos. Después hay que aprender que son los dioses, y pasan de sus descansos sólo a esto. Así la multitud se burla de ellos, y así las mismas bestias tendrían alguna inteligencia, se burlarían de quienes se admiran de otra cosa que lo que comen los animales.

JULIO CÉSAR

El fin de la existencia de los Galos

César apresura el final de la batalla. Se le reconoce por el color rojo de su manto, que solía llevar en el curso de las batallas. Veíamos el escuadrón de caballería y las cohortes con las que lo seguían: los enemigos aprecian este espectáculo desde arriba, sobre las pendientes. El grito se eleva en uno y otro campo; se repite y se repite en la muralla. Nuestros soldados dejaban a un lado las lanzas; se aproximaban otras cohortes.

Los galos huían; la caballería hizo frente a los que huían. Era una gran masacre. Sedulo, jefe y príncipe de los lemovicos, fue muerto.

Vercingetórix es capturado vivo al huir. Sesenta y cuatro militares se lo traen a César. De tal número de combatientes pocos vuelven indemnes a su campo.

Al día siguiente, Vercingetórix convoca la pelea de los galos y les dice que no se empezó esta guerra por interés personal sino para defender la libertad común, que ya que había que ceder a fuerzas ante ellos, y que buscaba apaciguar a los romanos mediante sus palabras y con su muerte, lo podían entregar vivo. Se envían embajadores a César. Se envían embajadores y sus armas, para que las entreguen sus jefes. Vercingetórix entrega sus armas y las armas se entregan a sus pies excepto los heduos y los arvernos, guardados para el caso de que por sus enredos pudiesen volver a sus pueblos; los demás prisioneros se dan por cabeza a cada soldado como botín.

Guerra de las Galias, Libro VII, LXXXVIII y LXXXIX.